

ELECCIONES EN BIELORRUSIA

ÁLVARO BALLESTEROS CUBEROS*

jadran@newmail.net

Bielorrusia es un país con un pasado tan agitado como su presente. A lo largo de la historia, Lituanos, Polacos, Rusos y Alemanes eligieron este país de llanuras como escenario para sus campañas militares y sus multitudinarias batallas, sin olvidar las incursiones de Napoleón y Hitler, más recientes en el tiempo. La Bielorrusia que hoy gobierna el Presidente Lukashenko fue incluida en la URSS desde la creación de ésta, pero aunque la Unión Soviética se disolvió a principios de los 90, la era de los soviets sigue aún viva en este país de 10 millones de habitantes, con capital en Minsk, y con fronteras compartidas con Polonia, Lituania, la Federación Rusa (a este y oeste), y Ucrania. Su nombre, Bielorrusia, significa “*la Rusia Blanca*”, denominación que no responde ni al color de la abundante nieve que allí cae en invierno, ni a una intención racista a la hora de denominar el país. Los Tártaros, que irrumpieron a principios del siglo XIII en las tierras que hoy ocupa Bielorrusia, tenían un sistema cardinal basado en colores: el Negro equivalía al Norte, el Rojo al Sur, el Azul al Este, y el Blanco al Oeste, por lo que “*la Rusia Blanca*” es también “*la Rusia del Oeste*”. Y no es sólo en el nombre donde se nota la dependencia del Minsk de Lukashenko con respecto al Moscú de Yeltsin, antes, y de Putin, ahora.

El pasado día 9 de Septiembre se celebraron en Bielorrusia elecciones presidenciales, y aunque todo lo ocurrido en el mundo ha quedado silenciado por la terrible tragedia terrorista de EEUU, sigue siendo necesario un análisis sobre la situación en este país tras las mencionadas elecciones, por lo que de importante tienen para una Europa en continua ebullición y evolución, con sus planes de expansión al Este del continente. Una empresa ésta en la que coinciden organizaciones euro-atlánticas como la OTAN y otras muchas instituciones que desarrollan sus actividades en Europa.

La política autoritaria del Presidente Alexander Lukashenko, que llegó al poder hace siete años, ha supuesto al país un severo grado de aislamiento en todas las instituciones internacionales, dentro y fuera de Europa, lo que sin embargo no ha afectado a las relaciones del régimen de Minsk con Rusia ni con la Comunidad de Estados Independientes, surgida tras el desmoronamiento de la antigua URSS. Precisamente para intentar romper este ostracismo y potenciar el desarrollo de instituciones democráticas en esta república, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), que reúne a 53 Estados europeos, incluida la propia Bielorrusia, junto a EEUU y Canadá,

* Miembro de la delegación española de Observadores electorales de la OSCE/ODIHR LEOM 2001 en Bielorrusia.

organizó una Misión de Observación Electoral destinada a velar por la salud democrática de los comicios. Sin embargo, la labor de esta Misión de Observación se ha visto desde el primer momento dificultada por un Lukashenko que no deseaba que hubiese testigos internacionales en unas elecciones destinadas únicamente a reforzar su mandato presidencial. Así pues, el gobierno bielorruso fue retrasando la fecha de invitación a la Misión de la OSCE, al tiempo que negaba el visado a dos de sus principales componentes. Estos retrasos y obstrucciones, que suponen violaciones de los compromisos adoptados por todos los Estados miembros de la OSCE en las Declaraciones de Copenhague (1990) y Estambul (1999), impidieron a esta organización observar las primeras fases del proceso electoral, como por ejemplo, la formación de las Comisiones Electorales, la reunión de firmas para designar a los candidatos, el registro de los mismos, y las primeras cuatro semanas de la campaña electoral.

El proceso electoral ha sido de todo menos democrático, ya que las autoridades gobernantes han hecho uso de todos los medios y recursos de los que dispone el Estado para impedir una campaña limpia e igualitaria, de modo que los dos candidatos que se atrevieron a retar a Lukashenko, Vladimir Goncharek, y Sergey Gaidukievich, no tenían realmente ninguna posibilidad de ganar.

Los medios de comunicación han estado plenamente al servicio del Presidente Lukashenko, que en ningún momento ha actuado como candidato a la Presidencia, si no que ha utilizado cuantos resortes tenía a su disposición como Jefe del Estado para asegurarse la victoria. El único canal de televisión nacional ha repetido los mensajes presidenciales hasta la saciedad, mientras que la oposición apenas si ha podido disfrutar de unos minutos de emisión. Los principales periódicos han estado también al servicio del régimen, y la pegada de carteles fue restringida a unos pocos paneles en cada ciudad, por lo que la sensación generalizada en todo el país era la de que no había ninguna campaña electoral en marcha. Las posibilidades para el debate político han sido mínimas, y cualquier partido o sindicato que organizase una manifestación en la calle sin la autorización del gobierno corría el riesgo de ser disuelto.

Si bien la convocatoria de las elecciones era el domingo 9 de Septiembre, lo cierto es que desde el día 4 ya se recogían votos en las urnas de los colegios electorales, en lo que se ha llamado "*Voto Anticipado*". Este procedimiento irregular, con unas urnas *selladas* impropia y bajo custodia de la policía (que está por completo al servicio del régimen), y con unas papeletas electorales validadas de antemano, permitía grandes márgenes para el fraude electoral y la manipulación de los votos. A esto hay que sumar la escasa presencia de observadores nacionales independientes, cuyas acreditaciones fueron retiradas por la Comisión Central de Minsk sin razón lógica aparente, y cuya presencia, en aquellos colegios electorales en los que fue posible, quedó siempre neutralizada por la presencia de autoridades locales, observadores de la *Unión de la Juventud Patriótica de Bielorrusia* (al servicio de Lukashenko), y oficiales armados de las fuerzas de seguridad. La policía ha estado muy presente dentro de los colegios electorales, a veces en gran número, a veces interviniendo en la organización del colegio electoral y en la manipulación de los votos posterior al recuento (lo que suponen violaciones de la propia ley electoral bielorrusa, diseñada dicho sea de paso a la medida de los deseos de Lukashenko). Por otra parte, nuestra actividad como Observadores

internacionales de la OSCE fue en todo lo posible obstaculizada, al negársenos el acceso a las cifras de votantes registrados en varios colegios electorales o el número de votos recibidos (lo que permite de nuevo el fraude), al impedírsenos el acercamiento a las mesas electorales donde se realizaba el recuento y registro de los votos, e incluso parando la Policía nuestros vehículos durante nuestros desplazamientos de un colegio electoral a otro, a pesar de que portábamos grandes distintivos de la OSCE.

Todo esto invalida la legitimidad democrática de unas elecciones en las que se violaron (antes, durante y después) todas las premisas de imparcialidad y limpieza a la hora de organizar unos comicios basados en los valores democráticos que deben imperar en la comunidad de Estados que integran la OSCE. Pero ello no puede hacernos olvidar otros dos hechos no menos importantes: la mayoría de la población votó por Alexander Lukashenko, que ganó los comicios con un 75'6% de los sufragios, frente al 15'6% de Goncharek, y el 2'3% de Gaidukievich. Sin duda, este abultado margen de diferencia entre los candidatos se habría reducido en un régimen democrático en el que todos hubiesen gozado de iguales oportunidades. El otro hecho que no se puede olvidar es que en el seno de la aparentemente adormecida sociedad bielorrusa se está forjando un movimiento juvenil de pequeños partidos, ONGs, sindicatos, y grupos varios, que se opone al régimen de Lukashenko al tiempo que defiende un desarrollo de la democracia en Bielorrusia, y el acercamiento del país a las instituciones europeas, para salir de la ciega dependencia con respecto de Rusia.

Europa y el mundo no pueden hacer oídos sordos. Hay que buscar la manera de sancionar al régimen por su conducta antidemocrática, sin que ello suponga dañar a ese movimiento democrático que se está forjando en el país. Las sanciones por sí solas no cambiarán el sombrío panorama de la región en cuestión. El caso de la Serbia de Milosevic debería ser un buen ejemplo de ello. Necesitamos que nuestros representantes políticos encuentren caminos imaginativos para la cooperación y el desarrollo de los valores democráticos, para que Bielorrusia encuentre su lugar en el seno de la comunidad de Estados europeos a la que pertenece, y para que la juventud de este país pueda soñar con un futuro cercano de desarrollo y prosperidad junto a sus hermanos europeos y del resto del mundo.